

Cortesía

Aída Sotelo
Egresada del TEUC

Salí con mis amigas del concierto y vi su cara barbada entre la multitud. Él, lo bastante alto para divisar mi pequeñez plantada en uno de los rincones del pasillo; yo, lo convenientemente extraviada para que cualquier señal me sirviera de punto de reparo. Se aproximó y vi venir con él aquella época en que, ignorándonos, compartimos sillas en las mismas aulas. Esos recuerdos bastaron para producir desde la mirada el reflejo condicionado: “Desplegar sonrisa”.

Ese instante de
reconocimiento
salpicó nuestras bocas
de unas historias
ignoradas, como si
pidiéramos mutuo
perdón por no haber
estado antes el uno
con el otro.

Me alegré del corte de pelo que estrenaba esa noche, advertida de que un hombre se dirige a una mujer si la imagen de ella le hace el guiño de la vianda fresca.

Ese instante de reconocimiento salpicó nuestras bocas de unas historias ignoradas, como si pidiéramos mutuo perdón por no haber estado antes el uno con el otro. Las palabras no sólo tenían el encanto de una experiencia oculta, sino el hechizo de su voz profunda, que convirtió en jirones el lazo que me unía a las mujeres que me acompañaban.

Tomó mi brazo y me prometió en un susurro: “Yo te llevo”.

Y así, como si se tratara de una danza, me dejé fascinar por ese acento y mis labios prefirieron sonreír de nuevo a proferir la única palabra que se me ocurrió, pero que no dije: “¿Dónde?”.

Mi primera juventud, la crianza de dos hijos, el pago de quince años de hipoteca, renunciar a mi carrera, doscientas noches de intoxicación alcohólica y una gastritis crónica suman el costo de haberme ahorrado la pregunta.